

que permanecen unidos con el lugar del nacimiento, mostrando una vez más que aunque la región no les vincula, la casa natal -universo de la infancia- siguen cumpliendo función de útero materno -refugio y protección-.

Otra peculiaridad del rechazo que el artista siente por la región y por su ciudad es la escasa estima por su obra y el recelo por su forma de vida, cuando no el desprecio de ambas por parte de paisanos y conocidos. Posiblemente no sea una actitud específicamente castellano-manchega, pero tampoco se caracteriza esta tierra por lo contrario, es decir, por el reconocimiento y el aplauso a lo suyo y para los suyos. La envidia, por españoles, y el desprecio por ignorantes, ha hecho que los artistas tengan que emigrar a otras tierras o recluirse en un exilio interior donde nadie pueda interferirse en sus vivencias y cosmovisión de la realidad, el mundo y los hombres. Los que se van -casi todos- por eso recuerdan y se vinculan con tan poca fuerza y cariño al lugar del que parten; los que se quedan -muy pocos- tienen que trascender las coordenadas que les oprimen y metamorfosearse en un mundo onírico, simbólico y subreal.

Al final de sus días, algunos artistas regresan al pueblo, pero no por fidelidad a las raíces. Ha transcurrido toda su vida, se han nutrido con los frutos de otros campos, han convivido con otras gentes, han pisado otros suelos y han llenado sus retinas con la luz de otra atmósfera. Ya no les queda más realidad en las alforjas de sus vidas que el vago recuerdo de un mundo inexistente del que a veces dudan que haya existido. Entonces ¿a qué volver?

Hubo un tiempo en que desearon regresar como Orestes, el joven príncipe heredero de Argos, amado por Electra, según la obra de Esquilo. Les aleteaba el deseo de venganza incruenta, pero real, porque el mito debía concluir según la estructura de la tragedia. Sin embargo, cuando llegan, También ellos son hombres acabados, cansados de cruzar por los caminos de la vida y por la vida de muchos hombres. La senilidad ha disminuído el fuego de aquella pasión; confunden el sueño de su obsesión con la propia realidad objetiva. Muchas de las personas que conocieron ya no viven; las otras, están peor que ellos. El sacrificio a Némesis que durante su vida planearon, queda transformado al aceptar con gozo infantil la dedicatoria de una calle, la colocación de una placa en la casa natal o el diploma de hijo predilecto, concedido unánimemente por el ayuntamiento de turno. La memoria histórica se ha perdido y los dioses se aplacan con cualquier ofrenda. De esta forma, el que regresa, como en la novela del mago Cunqueiro, sólo es "un hombre que se parecía a Orestes" (3). Agamenón queda sin vengar y el artista pacta con las sombras del ayer.

